

carlos marzal
Torturas suculentas

Álex Francés *Escucha la voz de Buda*, 2002

Cortesía de Galeria Luis Adelantado

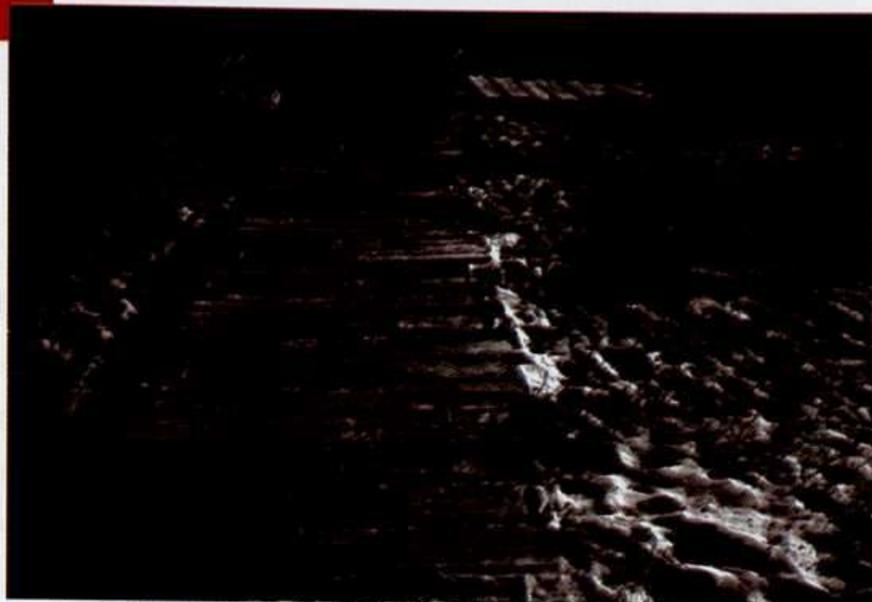




Carmen Calvo. *Pero fatiga, sobre todo fatiga*, 2000

La condición de articulista habitual acarrea una mezcla curiosa de placer y tortura. En mi caso, es una obligación —es decir, algo que nos tortura con frecuencia— en la que casi siempre suelo encontrar el puro goce de la escritura. A veces imagino el paraíso literario como un lugar en donde sus habitantes no aspiran más que a escribir de vez en cuando artículos espléndidamente pagados, sin apetito de convertirse en poetas, novelistas o filósofos. Ni qué decir tiene que el tipo de artículo que me interesa, como lector y escritor de periódicos, es el *literario* —es decir, el que aspira a dejarse leer como literatura—, y que suele despreciar las más de las veces esa entelequia que solemos conocer bajo el nombre de *actualidad*. En no pocas ocasiones, siento el pasmo de que me permitan publicar caprichos como los que me permito, pero supongo que los directores de las secciones en donde se incluyen estas páginas con regularidad, desde el año 2002, bajo los nombres de *Complicidades* y *Hotel del Universo*, poseen un generoso concepto del periodismo: un lugar en donde debe haber de todo, una botica con farmacopea muy variada, incluidas —digamos— las hierbas psicoactivas.

En cualquier caso, siempre he creído, como gustoso lector del género, en diarios y libros, que las virtudes literarias no conocen dónde se asientan, y que, además, están hechas de destellos, de fulguraciones, aquello mismo que alimenta —que debería alimentar— los buenos artículos: un vislumbre, una frase feliz, una paradoja en marcha, una idea bien traída hasta la fábrica del corazón y de la inteligencia. Si algo de todo ello se esconde en alguno de estos artículos, el torturado y gustoso autor que los escribió se da por satisfecho, como se da por contento al guardarlos aquí y haberlos salvado de su destino, ese visto y no visto de la prensa escrita.



Geles Mit *Camino 2*

Existe en los individuos una facultad del temperamento que conduce a ver por debajo de lo que se mira, a saber por detrás de lo que se percibe, a extraviarse más allá de aquello con lo que se tropieza. No se trata de una afición, sino de una propensión. Es una servidumbre del espíritu, una aptitud de los sentidos que acaba por convertirse en un vicio y una fidelidad del ánimo. Si tuviese que ponerle nombre a esa aptitud —y poner nombres representa una manera de celebrar las cosas mediante las palabras, de convertir las palabras en algo semejante a las cosas y a las acciones—, la llamaría *mirada abisal*, o *inclinación al envés*, o *simpatía de trastienda*. No consiste en una virtud; se trata, más bien, de un rasgo fisiológico, algo semejante a una manera de digerir la realidad mediante la conciencia que de la realidad adquirimos. Si en asuntos de pensamiento orgánico podemos decir que somos lo que comemos, en problemas de sabiduría oftálmica podemos afirmar que vivimos conforme a lo que somos capaces de ver en aquello que miramos. De la relación entre nuestras facultades visuales y nuestro genio de digestión en la mirada depende no sólo el volumen del aprendizaje, sino también la felicidad del individuo. Las desproporciones generan desdicha: quien ve mucho, pero digiere poco de lo real, sufre; quien ve poco, pero se empeña en rumiar y rumiar lo poco que ve, sufre también. Los cínicos recomiendan ver poco, digerir menos y no saber nada. Los mártires del conocimiento cantan la demasía siempre: hay que verlo todo, absorberlo todo, y marcharse a las profundidades, porque, como dijo un poeta, sólo quienes piensan lo más hondo amarán lo más intenso. Otro poeta, el cirujano emotivamente frío T. S. Eliot, diagnosticó en un verso esta pasión por el dorso de las cosas, por la espalda de todo lo vivo, cuando hablaba del dramaturgo inglés John Webster, aunque en este caso se refería al apego fúnebre del isabelino: *Webster veía la calavera bajo la piel*.

Yo he pisado la vieja tarima de un viejo hotel de paso y he visto —es un decir— la calavera bajo mis pies. A veces me asaltan las elucubraciones de trastienda, los raptos hacia el envés de los objetos, tiran de mí los lazos invisibles de las cosas visibles y me empujan a su abismo. Cuando cruje la vieja tarima de un viejo hotel de paso, no está crujiendo la madera, sino que nos estamos adentrando en el bosque. Pero no en un

bosque de árboles abstractos y geometrizados: eso representa al fin y al cabo un suelo de tarima, un bosque doméstico, un bosque pasado por la cabeza de los hombres, reducido a su idea, trazado con el hacha y la escofina, y maquillado de barniz. Cuando pisamos la tarima vieja de un viejo hotel nos perdemos en un bosque de vidas.

Es el eco de los pasos antiguos el que sobreviene, de los pasos perdidos y recuperados en el crujir indistinto de la madera única. Yo escucho pies descalzos de amantes clandestinos, pies que pisan fuerte en el afán de los negocios óptimos, pies vencidos de ancianos en derrota, camino de sus deserciones; pies de criadas que enceran la tarima para que resplandezca bajo los pies de los recién casados, que entran con buen pie a su palacio nupcial. En el eco de la tarima se despliegan las ondas que acumulan todas las pisadas antiguas, como en las circunvoluciones de un tronco se cifran las edades. Pies con premura para no perder trenes, pies de puntillas para no despertar a los dormidos, pies culpables que vuelven a deshora. Pies ¿para qué os quiero?

Para que trasportéis mi calavera, para que piséis por mí, en los pasos ajenos, para que rubriquéis mi vivir sobre la arena fugitiva de esta playa de hotel que es una tarima vieja, y que lleva el recuento de todas nuestras olas, traídas y llevadas a lomos de zapatos, esas huellas que somos.



Geles Mit *Disyuntivas posibles*. Durante todo un día y toda una noche permanecí allí, cercano al abismo

El estatuto mágico que adquieren las cosas sólo existe con lo que no se conoce en absoluto o con lo que se conoce demasiado. Con aquello que, por desconocido, por ajeno, nos parece asunto de brujería, y con todo aquello que por conocido hasta la saciedad nos asombra que pueda seguir existiendo. La magia de no importa qué se manifiesta en su extrañeza a los profanos y a los sumos expertos. Para el resto de los hombres, para los meros conocedores, la realidad suele ser sólo realidad, un hábito, una costumbre, la magia despojada del conjuro, de sus pases de mano y de su varita de prestidigitador. El amor, digamos, sólo es mágico para el enamorado que lo descubre y aún no percibe hacia dónde se encamina, o para quien está de vuelta de él, tan acostumbrado a su presencia, imperceptible ahora, que ese mismo tesón se le vuelve un prodigio. La maravilla requiere dos formas de ceguera: o bien la de quien abre los ojos a las cosas, o bien la de quien termina por cerrarlos, de tan cansado como está de ver con los ojos abiertos, y prefiere aventurarse en la mirada del paisaje interior.

Para quienes pertenecemos a la facción de los expertos en no serlo de nada, casi todo posee la condición mágica. Los barcos y los caballos, los electrones y el nacimiento de los ríos, la astronomía y la tabla periódica. El flujo sanguíneo, las mareas, la germinación de las semillas. Y no digamos los puentes.

Los puentes consisten en aquello que los poetas han anhelado desde siempre, pero que desde siempre las palabras han negado a los poetas: que el verbo se haga carne y habite entre nosotros, que sea un acto, al margen del mero acto verbal. Un puente es una metáfora puesta en pie, aquello que Huidobro reclamaba, cuando exigía que no dijésemos un árbol, sino que lo hiciéramos florecer en el poema. Las metáforas son un puente intangible, un vínculo entre dos extremos alejados del sentido, que aproxima el hallazgo de la imagen, y un puente representa eso mismo como concepto y como obra.

Que donde no haya nada algo exista, que entre dos extremos de apariencia inalcanzable se dé la cercanía, la hermandad en el espacio: eso es un puente. La casa y el puente son las dos construcciones sagradas y elementales que el hombre ha sabido concederse. De ahí que el primer gesto de barbarie, de inhumanidad, consista en volar los puentes y quemar las casas. Un gesto sólo temporal, porque donde haya alguien que necesite guarecerse volveremos a levantar la casa, y donde exista un lugar que trasponer, otra ribera a la que soñemos cruzar, alzaremos de nuevo el puente.

No sé en qué desgraciado momento de la lengua perdió el sustantivo puente el género que le corresponde por espíritu, que es el femenino. La puente de plata, como dice el refrán en su acierto. Las puentes tienen algo de maternal y cuidadoso, de adoptivo para con quien las cruza. No tengas miedo, ven, voy a depositarte al otro lado, para que sigas tu camino. No tengas miedo, ven, no hay una tierra que no puedas hollar, ni un abismo que no puedas salvar, ni una ruta que no puedas abrir. Pisa mi piedras húmedas, por las que han desfilado los animales y los hombres. Escucha cómo crujen mis traviesas de sabellosa olorosa, que permanecen firmes, para ti, sobre el vacío. Mira esta urdimbre

de acero que flota por el aire, en medio de la ausencia. Aquí se eleva, para negar que exista lo imposible, esta mole de hormigón que es como un grácil sueño. Así hablan las puentes, las puentes de la guarda, las custodias puentes.

Somos ejemplares de una especie andariega, animales dispuestos a cruzar al otro lado, allí donde parece que no se debe ir, donde nos recomiendan que no nos aventuremos. Somos de la tribu que tiende mágicas puentes de plata para el amigo que viene.



Luis Ontoso *Tras la ventana*

Distintas nostalgias

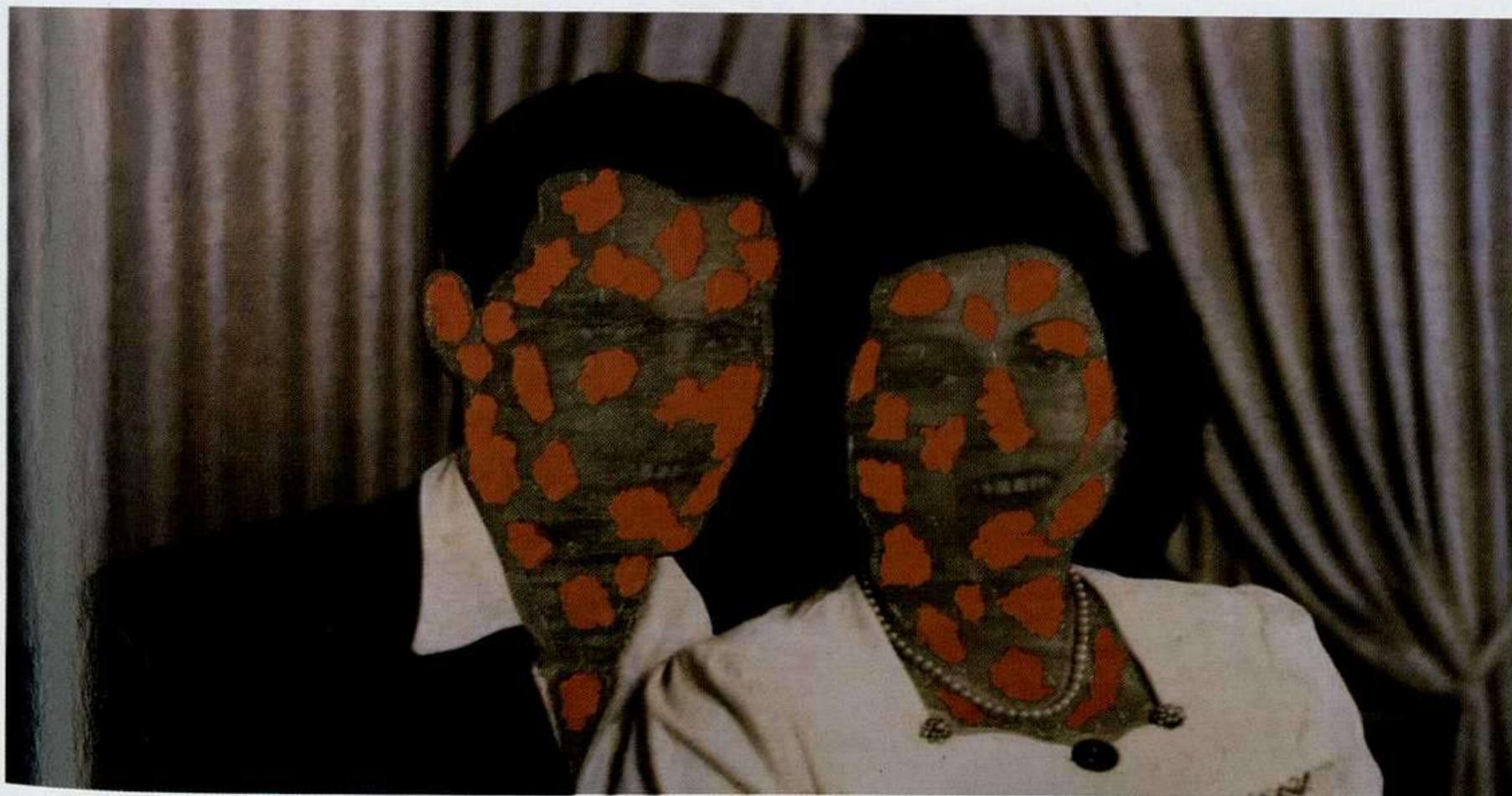
Aunque profeso una suerte de inmovilismo absoluto en la consideración sentimental del ser humano —la idea de que nuestro espíritu, en su esencia, no puede cambiar mucho— imagino que hay nostalgias, dentro de la nostalgia inamovible, que son de naturaleza moderna. Por más que las elucubraciones acerca de la conciencia sean de carácter indemostrable, supongo que no es disparatado aventurar que hay razones para la melancolía que no conocieron los antiguos, nuestros estrictos contemporáneos en las cosas del alma, de quienes nos separan esas cosas del tiempo.

Fernando Pessoa, que fue un artista de la melancolía propia y de la ajena, ya sintió esas nostalgias flamantes, esas formas saudosas de estar en el mundo, que son nuevas, aunque no lo sean, porque no sólo nada hay tan viejo como la nostalgia, sino que el viejo tropiezo biológico en que consiste el ser humano resulta indisociable de la nostalgia. Tal como yo la entiendo en mis cavilaciones carentes de razón, es una linfa de sereno pesar, de alegre desasimiento, de feliz tristeza sin porqué ni a dónde, y que surca nuestras venas. Nada tiene que ver con la taciturnia, con la doliente pesadez de los pelmazos, con la supuración empalagosa de la hipocondría. Yo hablo de una nostalgia que produciría nostalgia el no tenerla, que resultaría pecado el no sufrirla. Una nostalgia que no se desconcierta de sentirse ni de decir su nombre, y que se enorgullecería de ser así de nostálgica, si no fuese porque el orgullo es un sentimiento demasiado vigoroso, demasiado enérgico, y casa mal con la plácida nostalgia. Mi nostalgia es de índole abdicada, de naturaleza dimitida, de temple desertor; pero de quien deserta por convencimiento de que esa es la mejor de las acciones, de quien dimite para pararse a contemplar el mundo, de quien abdica de los tronos que no existen, por vocación de monarca inútil sobre sus asuntos sin importancia. Esa nostalgia es de una arcilla satisfecha de nada, de un barro hechizado por cada una de las minucias.

¿Nostalgia de qué? Nostalgia de todo. De aquel minúsculo claustro amniótico —por qué no—, allí en el calor amable del vientre orgulloso donde nos mecíamos, protegidos del mundo, a salvo de la vida cuando ya éramos la misma vida, olvidados de los hombres cuando ya contábamos en el bando de los hombres, desentendidos de la Historia cuando la Historia ya había echado a rodar. Nostalgia por la infancia con el caballo de madera que todos hemos montado en la infancia, y que en el caso de no haberlo hecho nos genera más nostalgia aún, porque si la pérdida es un motor nostálgico, más lo es todavía la suma de lo que nunca se tuvo. Nostalgia de la adolescencia, la estación salvaje de la vida que no puede pararse a sentir nostalgia alguna, esa aflicción de las conciencias avejentadas. Nostalgia del porvenir, nostalgia

incluso por la contemplación amorosa de la vida desde la otra orilla. Nostalgia de la nostalgia, como un éxtasis malsano de perfume imposible.

La nostalgia fresca que degustaba más arriba se genera en el principio de razón laberíntica, porque la sensación de extravío, la certeza del frenesí equivocado, constituyen al hombre moderno. No se trata de que los antiguos no se sintiesen alguna vez perdidos en el mundo, sino de que nosotros no podemos concebir el mundo sin sentirnos perdidos. Lejos de casa, aunque estemos en casa. Fuera de nosotros, por más que estemos en nosotros mismos. Arrojos del centro de no sabemos dónde, por más que nos hayamos soñado en el ombligo de la tierra. Casi todo es una metáfora nostálgica de no comprendemos qué, de no entendemos cómo, de no concebimos cuándo: esas estrellas que colman el firmamento; ese firmamento surcado por miles de aviones; esos aviones repletos de pasajeros desconocidos; esos pasajeros ignotos que transportan maletas por túneles metálicos; esas maletas atestadas de objetos incontables. La nostalgia, que no cabe en ningún lugar, cabe en una maleta que no reclama nadie.



Carmen Calvo *Creer estar dormidos en rosa paraíso, 2005*